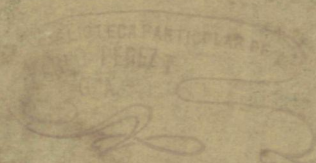


Eruta Eucaristica

POR

RAFAEL AROCHA GUILLAMA

[RAMIRO]



LAGUNA

1910
IMPRESA DE LA LAGUNA
(Islas Canarias)

Fruta Eucarística

86-3 (46.851)

Fruta Eucarística

(NOVELA)

POR

RAFAEL AROCHA Y GUILLAMA

(Ramiro)

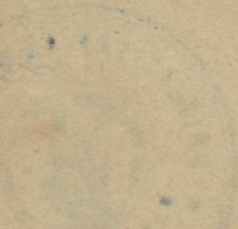
UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
D. PÉREZ
G. A.
[Handwritten signature]



IMPRENTA DE LA LAGUNA
Bencomo 10.
1910.



6674612486





Fruta Eucarística

I

PRO PATRIA



—No volveré á verte,—dijo sollozando.

—Calla, chiquilla, no seas boba.

Y dos brazos robustos ciñéronse al cuello de Adelfa: lazo palpitante y nervioso, sellado en la flor de los labios.

El encanto fué deshecho por un grito ronco y prolongado que aceleró el bullir de la gente en el muelle, en las azoteas, en los prismas ingentes salpicados por la espuma salitrosa... El monstruo se impacientaba, mordido por el oleaje, y rugía; el aliento de sus pulmones de fuego, escapándose por la férrea boca con bramido de tempestad, resonaba como el verbo de los mares y repercutía en los riscos vecinos con rumorosos ecos...

—¡Adiós!—gritó Onésimo, saltando á la lancha.

Adelfa quiso contestar, pero su garganta se negó a ello.

Apoyada en su lia, que la tenia cogida por la cintura, miraba alejarse la barca en dirección al *Cervantes* cuyas chimeneas desataban al viento su crencha fumosa...

El tumulto crecia en el muelle. Corren los reclutas de una parte á otra estrechando manos, recibiendo abrazos y dando pisotones; lloran las mujeres é invocan á la Virgen con angustiosos lamentos; chillan los rapaces enredando por entre piernas y faldas, encaramados otros en las piedras de la escollera...; los gritos de los marineros, interpolados por blasfemias, se mezclan con las órdenes de los patrones y el silbato del tranvia que viene lleno de nuevos soldados... Risas y lágrimas, ayes y lamentos, carcajadas de locos, silbidos, voces, batir de remos y estruendo de olas... El alma de la multitud pulsada en la cuerda del patriotismo, respondia con los sonos del dolor, del espanto, de la desesperación, del infortunio; algarrabia espantosa, desconcierto de los corazones... De pronto surgen del caos las notas del himno nacional; una corriente misteriosa electriza la muchedumbre y hace brotar el mismo grito de miles de gargantas: ¡Viva España!

El cuerpo sangrará, pero el corazón salta

loco en el pecho, como un prisionero que oye la nueva de su libertad, y la fantasía popular bate ya sus alas en la región de los sueños. ¡Oh, poder divino de la música! ¡qué grande eres! Ya Orfeo amansaba las fieras con su lira... y ¡vaya si ha llovido desde entonces hasta hoy!

Cesó la marcha real; las últimas vibraciones de los clarines, agudas y taladrantes, llegaron en alas del viento, que arreciaba, hasta los grandes trasatlánticos anclados en lontananza, cuyas tripulaciones observaban con sus anteojos.

La tarde avanzaba con su cortejo de niñas purpúreas. *El Cervantes* lanzó otro rugido al entrar en su vientre el último soldado: era el rugido del monstruo satisfecho. Suelto los frenos, avanzó gallardo, rompiendo con poderoso empuje los senos abundosos de la mar y dejando tras sí una vía láctea de hirviente espuma...

Allá va, próximo a desaparecer tras la curva marina; en sus entrañas lleva sangre, alma, vida, valor.. Ya ha traspuesto el horizonte y todavía Adelfa ve un militar alto, esbelto, de ojos francos que la miran con cariño y oye su voz querida que le dice vehementemente:—¡Siempre tuyo! ¿No me olvidarás?

Don Felipe, su tío político, le ha dicho ya por dos ó tres veces:

— Pero, muchacha, ¿piensas dormir aquí?

Su tía la coge por el brazo y empiezan á andar, seguidas por D. Felipe.

—Aviven el paso, que me parece va á llover...

Los grupos han ido disolviéndose poco á poco; el muelle empieza á quedar desierto. Las luces de la bahía rojean en sus torrecillas, á cuyo pie baten sordamente las aguas espumosas.

El matrimonio y la sobrina llegan á las afueras de la capital, donde aguarda el coche que ha de conducirlos á la quinta. El cochero arrea á las bestias y el vehículo parte velozmente por la obscura carretera llena de sombras de madres, hermanos, amigos, que regresan á sus hogares; van pasando silenciosas, rumiando su dolor en la noche: almas en pena...

El cochecillo se desvió de la carretera y entró en un camino orillado de álamos y chopos. Adelfa va abstraída... sus tíos hablan á largos intervalos del acontecimiento del día...

—¡Malditos yankees! —murmura D. Felipe.

El bueno del tío era un acérrimo defensor de la honra nacional; uno de esos partidarios de la guerra, á quienes les parecen siempre pocos los soldados que se envían á combatir: indicio seguro de que, á tener hijos, les hubiera buscado por todos los medios posibles una escapatoria del servicio militar...

Un claror tenue va fundiendo las ne-
gruras por la parte del mar. Empezó á llo-
ver ligeramente: unas chispas gruesas, li-
bias, como gotas de sudor de monstruos
parduscos que luchasen en las penumbras...
Por encima de las colinas achaparradas se
agitaba un oleaje denso de nubes. Aclaró
poco á poco... una claridad medrosa, y en-
tre huecos caprichosos, cual sepulcros sin
fondo, apareció la Luna, amarillenta y en-
fermiza, con sus manchas volcánicas seme-
jando arrugas y fruncimiento de cejas en
rostro cetrino. Desde el coche se la veía co-
rrer por entre la fila de árboles, como una
calavera luminosa que se deslizase por entre
el verde follaje. La tierra húmeda despedía
un olor acre que se mezclaba con los perfu-
mes del tomillo y la mejorana...

Al llegar á la quinta, la luna ascendía ya,
escalando la obscuridad de los cielos, mien-
tras dejaba tras sí una lúcida escalinata
anaranjada que iba á perderse en el mar,
origen y cuna de la vida, al paso que arri-
ba, á donde iba subiendo, espesaban las nu-
bes: así el Progreso, cuanto más esclarece
los orígenes de los seres, tanto más densas
van siendo las tinieblas que cubren las al-
turas.





II

ALMA DE ENSUEÑO

Adelfa había empezado á sufrir desde muy niña. No conoció á su padre, pues apenas contaba un año cuando una explosión acaecida en la fábrica del gas dejaba viuda á su madre Virginia Fernández, sin más amparo que las exiguas economías reunidas céntimo á céntimo en seis años de matrimonio.

Virginia no se acobardó. La pequeña Adelfa y su hermanito Vivaldo, que le llevaba dos años,—si bien por su delicada complexión parecía ser de la misma edad,—reclamaban atenciones que una buena madre no puede nunca negar. En la costura buscó de nuevo su sustento y el de sus hijos.

Desgraciadamente, los tiempos eran malos, y al paso que bajaba la demanda de trajes subía el precio de los alimentos. Los chiquitines requerían cuidados costosos, sobre todo Vivaldo que, apenas salía de una enfermedad, ya presentaba síntomas de alguna nue-

va dolencia. La miseria empezó á mostrar su descarnada faz.

Virginia luchaba valerosamente, pero minado su organismo por el sufrimiento y las privaciones, se ofreció inerme al temible enemigo. La tisis, esa infatigable viajera de incógnito, halló franco el paso. Sin ceremonias, como quien tiene prisa por continuar su viaje, traspuso con su presa hacia la ignota región...

Los huérfanos fueron recogidos por sus tios. Doña Felicia se habia acordado de que tenia una hermana y si bien á ésta no aprovechó semejante recuerdo, tuvo al menos la satisfacción de saber que aquellas inocentes criaturas tendrian quien cuidase de ellas después de su muerte. Mejor hubiera sido que la ricacha de la tia y el simplón del tio hicieran mucho antes lo que hicieron. Pero bien dice el refrán: *más vale tarde que nunca*.

*
* *
*

Crecieron los niños y fueron desenvolviéndose sus caracteres.

Vivaldo fué lo que prometiera en su infancia: uno de esos niños seriotos y enfermizos, apegado á los libros, que no soltaba, vivien-

do casi exclusivamente la vida del cerebro, lleno de principios y fórmulas tan intrincadas como perfectamente inútiles. En cambio, su hermana Adelfa tenía manifiesta aversión á la lectura. Y sin embargo, sabia casi tanto como Vivaldo. No habia obra que éste no leyera ni fenómeno sobre el cual no disertase con más ó menos acierto. Adelfa, incapaz de sujetarse á estudiar por si misma, oia encantada á su hermano y en su alma peregrina prendian y germinaban con expansión de ensueño las bellas teorías físicas, las remembranzas históricas de antiguas civilizaciones, las formas divinas del arte griego, semilla inmortal de la Humanidad.

Escuchaba con atención suma las explicaciones antropológicas, en rumbo al transformismo de las especies; placianle grandemente las investigaciones de la Geología, esa maga moderna que *desciende á los infiernos* no para sacar almas sino armas con que combatir... La astronomía, sobre todo, era su delirio. En las noches estrelladas su alma se abría como una flor al sueño astronómico; en ella parecia reflejarse, cual en místico espejo, el parpadeo de los soles que alumbran el misterio...

Los únicos libros que Adelfa leía íntegramente eran—¡caso raro!—los de vidas de santos y anacoretas. Extraño encanto el de

aquellas ingenuas narraciones. El ermitaño, en la soledad del yermo, cultiva su místico huerto de azucenas y violetas con el ayuno y la maceración. Mas he aquí que es tentado con la visión de femeninas desnudeces... Arrecia la tentación y ya su espíritu no tiene tranquilidad para la oración mental y el éxtasis de la vida contemplativa; flores rojas é impalpables impresionan su retina, como encarnaciones perfumadas de lascivia... Y por la noche, el demonio, en figura de lobo, se sienta á su puerta...

Vivaldo no estudiaba solamente por el día. A las altas horas de la noche veíase aún luz en su cuarto. En la sombra nocturna aparecía aquella claridad amarillenta como una evocación de laboriosos monges de la Edad Media, que en la soledad de su celda trabajaran pacientemente en la copia de antiquísimos pergaminos y papyros, mientras los mochuelos revolotean en la gótica torre...

La complexión delicada del muchacho no podía resistir mucho tiempo semejante régimen. Cada día estaba más desmejorado y cada día apretaba más en el estudio; empezó á toser de un modo lastimoso... Tuvo el mismo fin que su madre.



Adelfa se vió aislada. Sus tíos la querían, pero, en su vulgaridad, eran incapaces de comprender la exquisitez de aquella alma privilegiada. Dejábanla en completa libertad. En el invierno, durante su permanencia en la ciudad, pasábase las horas muertas asomada á su mirador, que daba á una callejuela tortuosa, contemplando la lluvia menótoma y tenaz, que extendía sobre los viejos caserones la urdimbre de sus hilos oscilantes... En las noches tempestuosas en que rebotaba rugiente el agua de las canales y el viento bramaba sus dolores en el potro invisible de las tinieblas, sus ojos resplandecían de alegría, y pegada á los cristales, embriagábase con el fulgor rojizo de los relámpagos, mártires de la sombra, y, suelta su imaginación, seguía á la tormenta en su marcha á través de la atmósfera... Y volaba siempre, perdida la noción del tiempo, sucediendo muchas veces que el alba la sorprendiera en su sueño extracorporal...

Había pasado la tempestad; el trémulo casquillo de la luna menguante emergía aterrido en la fría mañana invernal, por encima de los tejados brumosos que se recortaban en el claror violáceo... El espíritu de Adelfa, después de haber vagado durante la noche en medio de los torbellinos del temporal, vuelve á las mansiones del dolor; observa los árboles envueltos en la bruma, que chi-

llan de frío; penumbras fantásticas; sombras que vuelan rozando las tejas; abajo, completamente obscuro, el piso encharcado y lleno de yerba, las paredes húmedas y musgosas; claridad indecisa... Allá se ve una vidriera iluminada... Tal vez será un amante de la ciencia, que consagra duras vigiliass á su culto; tal vez el dolor físico reina en aquella vivienda, acaso el dolor moral, más terrible aún, ha fijado su morada en aquella altura... ¡Quién sabe si habrá un cadáver!... Más acá verdean unas macetas en un balconcito coquetón: quizás será el santuario de una virgen que sueña ilusiones en su lecho puro y perfumado, mientras su cuerpecito tibio se agita suavemente bajo las sábanas, y en la estancia, oliente por los azabares, hay penumbras cerúleas en los techos y efluvios femeniles en la alfombra... Puede que sea el tabernáculo de una pareja enamorada; fácil es que en aquel momento se cumpla la ley orgánica, y con los cabellos húmedos por el sudor y pegados á la carne, se quedarán lánguidos, rendidos, en ardiente abrazo, juntas las caras, oyendo en medio del dulce calor del lecho como afuera bate el viento en los muros... En la profundidad de los templos, gnomos invisibles se encaraman por las sogas, y torres y campanarios van rezando con pausas de asombro la oración luminosa de la mañana...

En el mes de Junio iban al campo. D. Felipe vigilaba á los segadores mientras doña Felicia preparaba la comida de los mismos rezongando, y gruñendo á la medianera. Adelfa corría bajo los perales y limoneros, á la vera del trigal, cuyas espigas se inclinaban para cosquillear su falda...

Aquí fué donde Adelfa conoció á Onésimo. Un primo de aquélla, Luciano, — que más de una vez la hiciera confidencias amorosas, medio en broma y medio en serio, — se presentó un día en la quinta acompañado de un joven cazador en quien Adelfa reconoció muy pronto un alma excelsa.

Onésimo carecía de familia. Su vida se pasaba indiferente á todo lo que preocupa á las muchedumbres estultas, esos rebaños de cerdos, á quienes despreciaba profundamente, encastillado en la altura de su pensamiento.

Era un materialista, que vivía de ese rocío divino que llueve sobre el alma la visión interior del Cosmos; era un ateo, que rendía culto ideal á la Virgen del Carmen... ¿Y cómo no, si su madre fué tan devota de esta virgen y él amó á su madre hasta la adoración y seguía amándola, unido á ella por el lazo religioso del recuerdo?

Otro detalle: era un intransigente que odiaba la intransigencia. Intransigente con el error, odiaba lo mismo la hipocresía re-

ligiosa que el sectarismo ridículo de los impios ignorantes...

Congeniaron admirablemente y pronto la visita de Onésimo se hizo necesaria á la joven. En vez de soñar sola, tuvo quien la acompañase en el laberinto de las quimeras. Hablaron de los misterios de la Naturaleza, de los misterios del Arte y de los misterios del Amor, y sin necesidad de decirselo, sabian que se amaban: creían innecesarias las palabras para expresar lo que afirmaban los espíritus en su lenguaje mudo y elocuente.

De la sombra obscura de los humanos destinos se había desenrollado el hilo de oro; sujetó dos almas con lazo irrompible y las alzó hasta el cáliz de la Vida. Cuando estaban próximos á probar su dulzura, un acontecimiento brutal separò los cuerpos, y las almas quedaron penando en la tirantez elástica del áureo lazo... La guerra había estallado y á Onésimo le tocó ir á defender la Patria.



III

FUEGO ESTIVAL

El Sol amenazaba concluir con la vegetación. Pocos veranos como aquél recordaban los labriegos, aterrados al ver secarse las fuentes y pasarse la fruta en los árboles, todavía sin madurar. En los riscos occidentales mostrábanse más rojas las vertientes de almagre; las higueras polvorosas parecían dormidas en medio de una gasa amarillenta; las piedras quemaban como salidas de un horno y en los rastrojos oíase el chirrido monótono y desesperante de las cigarras...

Luciano, que había ido á pasar unos días con sus tios, no salía de la quinta. ¡Cualquiera lo intentaba con aquella temperatura africana! Pasábase las horas leyendo y fumando, recostado en un sillón, ó bien sintiendo renacer sus deseos de otra época, acompañaba largos ratos á Adelfa, que se había vuelto trabajadora y bordaba zapatillas para su tía y marcaba los pañuelos de D. Felipe. Maravillados estaban éstos del cambio operado

en la conducta de la muchacha; á bien que D. Felipe, pasándose el pañuelo por el cogote empapado de sudor, solia decir: Quien trabaja, ahuyenta los pesares y vence las malas tentaciones. ¡Y vaya si tenia razón el tío!

A Luciano le habia parecido de perlas la partida de Onésimo, y se propuso aprovechar la ocasión. Adelfa acogia casi siempre con indiferencia sus galanteos; pero á veces la soñación interior era interrumpida por desconocida inquietud fisiológica. Entonces sus labios sonreian á las frases del primo. Su alma permanecia unida á la de Onésimo; sin embargo, la carne estaba inquieta. Próxima á la deleitosa copa de la Vida, cuando ya iba a conocer lo ignoto, sobrevino la separación brusca é inhumana... La voluntad, siempre fiel, ordenaba el trabajo para vencer la tentación y el apartamiento para evitar las ocasiones; pero la hembra, despierta, aparecía mujer y coqueteaba...

*
* *

El aire parecia haberse inmovilizado; la Luna, casi llena, estaba medio cubierta y en torno de ella se veian manchas blancas, pelusas petrificadas de brillo argénteo... De noroeste á sudeste, una inmensa aglomeración

nubosa, un pez gigantesco mostraba su mole pardusca, con visos rojeantes, de cerro escamoso y plateado. De vez en cuando, una fulguración tenue brotaba de su seno, cual un parpadeo luminoso, y el destello eléctrico se perdía en la blancura lunar...

Los dos primos estaban asomados á una ventana que caía encima de una alameda de limoneros y naranjos. Los grillos cantaban entre los terrones canelosos de los agros...

—¿Nos acostamos?—insinuó Luciano.

Adelfa hizo un movimiento.

—¿Qué dices, hombre?

—Que si te vas á acostar—rectificó él;— es ya tarde...

—¡Ah! vaya... No tengo sueño; no puedo dormir de noche.

—Eso es del calor. .

--Sí, el calor...

Quedaron silenciosos. Una ráfaga abatió de improviso el follaje; las contraventanas del edificio tabletearon un momento con la sacudida, y el perro *verdino* dió el *quién vive*... Luego todo vuelve á quedar tranquilo.

Adelfa se enderezó. El misterio de su alma temblaba en sus ojos castaños; luz extraña chispeó en ellos por un instante...

—¿Ya te dió sueño?—preguntó Luciano.

Algo bullía entre las piernas de Adelfa.

—¿Qué es esto?... ¡Ah! ¿eres tú, *Maguito*? Un gato cenizo y blanco rezongaba mimo-

so, con la cola levantada, restregándose contra la falda rosa.

—¿Qué buscará?—dijo Luciano.

La leve sonrisa de Adelfa desapareció en un mohín de impaciencia, y sacudió al mínimo un puntapié en plenos bigotes.

La chinela, desprendida con la violencia del golpe, saltó á varios pasos de distancia.

—Espera, mujer, no te molestes...

Y recogiendo la chinela violeta, bordada de verde y rosa, se agachó para calzar de nuevo el piececito desnudo de Adelfa.

Sus labios le rozaron levemente...

—Mira que te bago como al gato,—dijo ella amenazante.

¡Deseable amenaza!

La mano del primo acariciaba la piel cálida de los tobillos, anunciando exploraciones más peligrosas...

—¡Suéltame, suéltame!... Mira que grito...

Pero no gritaba. ¡Qué iba á gritar!

De pronto Luciano rodeó con sus brazos las piernas de Adelfa y los besos fueron en progresión ascendente... Ella, sin duda para defenderse, lo agarró por el pescuezo y ambos rodaron por el suelo... La bata no resistió tales movimientos y Luciano vió los cielos abiertos... y sin duda era santo, porque entró en el cielo.





IV

LLEGABAN LAS VISIONES...

Mes de Octubre. La noche es friolenta, llena de ráfagas y remolinos; la lumbre humosa del petróleo amarillea en sus casillas de cristal verdusco: aquí se apaga, allá vacila y se inflama; entre las tejas silba el viento y remuge en las chimeneas... En la pared fronteriza á la casa de Adelfa un farol proyecta una araña gigantesca, cuyas enormes patas suben hasta el alero y se pierden por abajo en la yerba del empedrado: araña de sombra, diabólica, impalpable, en cuya cabeza brilla un punto enrojecido...

El pueblo duerme en el hueco inmenso de fantástica campana; presa está la campiña entre las mallas tenebrosas de la noche; morada es de vampiros y figuras brujescas...

En el corazón de la joven roe la inquietud...

Disipada la niebla de impureza, fué luego apareciendo con claridad su situación, acen-

tuada por el penoso cavilar. La vista mental habia adquirido una agudeza extraordinaria, y allá en lontananza contempla lo que estuvo á punto de ser grata realidad convertido en ideal imposible, mientras en torno suyo surge ahora implacable otra realidad terrible: que natural es que cuando se siembra germina la semilla... Por eso Adelfa tiembla en la espera cruel y su espíritu que antes se expansionaba como un perfume, ahora, reconcentrado en si mismo, se retuerce en la tortura...

.
Masas sombrías cubren el cielo; las tinieblas se espesan... tan sólo por encima del negro triángulo del campanario se ven algunas tintas violáceas, que pronto se borran. Arrecia el viento húmedo que azota los muros...

De repente, un fulgor insólito cruza las nubes... Se detiene en un lado y con rapidez de relámpago salta hasta el otro; prontamente se esconde. Brilla súbito por otra parte cual hacho fantástico de la leyenda, se desenrolla de su seno un hilo rojizo que oscila en las tinieblas, quiébrase luego, se vuelve violeta y muere engullido por la sombra .. El hacho va y viene; se pára, se deshace en una cascada de espejuelos que pestañean breves momentos, cual fuegos fatuos, en las nubosidades, se recomponen, convergén en

un punto... Abre de nuevo el nuboso oleaje una lanza verdosa esgrimida por invisible guerrero; se transforma en dardo sutil, en maza de fuego, despide rayos cual disco dorado, hiende las negruras, rebulle inquieto y desaparece...

¿Qué extraño meteoro evoluciona en la atmósfera? Adelfa hace varias conjeturas, dejándose llevar de su natural romántico. De improviso, la verdadera causa se presenta á su entendimiento: es el reflector eléctrico de algún barco de guerra.

Y esta causa tan sencilla lleva de nuevo su pensamiento por la senda dolorosa, que abandonara breves instantes en digresión ilusoria... Otra vez la imagen de Onésimo turba su ánimo dejándole en cruel ansiedad...

*
* *

...Respiraba suavemente.

En la penumbra perfumada de la estancia veíase su cabeza destacándose en la albura del lecho, semiabierto los purpurinos labios bajo el palio oloroso de los cabellos despeinados.

Un sopor profundo había anulado la vida cerebral, borrando la conciencia del ser; el olvido revoloteó en sus pálidas sienas al dis-

minuir la circulación cerebral, y, cesando la función pensante, desapareció la personalidad.

Adelfa dormía...

Vida sorda é interior era la que gobernaba su cuerpo, vida vegetal, obscura é inconsciente... ¡Hermoso árbol el que se descubría entre la nieve del lecho! Tenía grandes flores de terciopelo pardo, — pétalos de sombra donde temblaba un rocío luminoso de misterio, — ahora cerradas por el cáliz de los párpados; tenía hojas encarnadas de entre las cuales brotaba un aliento tremante, y sus ramos, flexibles y de piel sedosa, guardaban los frutos de su seno, túrgidos por la sazón.

Y este árbol divino, cuando en él bullía la savia primaveral de la dicha, tenía nidos de amor; en la espesura perfumada de sus cabellos desgranaba melodías el ave de la ilusión y el susurro glorioso de los besos hacía estremecer, como una aura prolifera, las hojitas más tenues del exultante follaje nervioso...

De pronto prendió nuevamente la llama de la Psyquis vivaracha: alguna oleada de sangre más abundante diera tal vez nuevo impulso á la maquinaria cerebral. Fantasía montó de nuevo el corcel de los sueños y salió veloz, trepando las montañas de la locura bañadas en alba de luna...

Pegaso escala los castillos de plata y des-

pués de abreviar en el riachuelo azulino donde ríela Febea, bate con casco impaciente la argentada puerta tras la cual resuena el cascabeleo de los recuerdos encantados... Mas he ahí que la niebla surge del misterio; va espesando y se torna de una amarillez negruzca; brilla el fósforo con luz satánica entre remolinos de sombra: anuncio de creaciones...; pupilas rojizas atisban en la tiniebla circundante que pronto lo invade todo, mientras la sensación del vacío recorre la médula y crines sutiles desprendidas del invisible rozan la piel: el miedo, obscuro y embargante, surge del no ser...

Allí está Don Felipe, en un rincón del techo, en forma de un enano blancuzco de contornos indecisos... Lee en un periódico las noticias de la guerra mientras aplasta con su pie una cabeza enrojecida de soldado... sus ojos verdes, enormes, monstruosos, relucen en la penumbra...

La frente de Adelfa está sudorienta, su respiración es angustiosa...

Aquella extraña proyección de su cerebro es encantamiento de congoja. Fenómeno obscuro que, enmascarado, acecha el paso bullicioso de la Fantasía y, surgiendo de improviso, la petrifica cual si tuviera la virtud de la cabeza mitológica, mientras una cadena gravescente oprime el pecho con sus anillos de sombra...

Un movimiento instintivo de Adelfa deshizo la fascinación; el corazón, libre del secuestro, envió gozoso la noticia, en oleadas sanguíneas, á sus numerosos corresponsales, y el monstruo perturbador, replegándose poco á poco, desapareció en los antros profundos de la vida animal.

De nuevo desplegó el alma sus alas inmortales...

El caserío se extiende por la ribera fluvial, entre sauces y álamos plateados cuyas hojas mueve mansamente la brisa vespertina. De repente suenan tiros entre las ramas: son soldados guerrilleros que hacen fuego sobre un regimiento que avanza por la llanura, protegido por la artillería que corona unos montecillos.

Los cañones dirigen sus tiros al caserío: fragor de muros que se derrumban, crujir de techos que se desploman, alaridos desesperados de mujeres, niños y ancianos; el fuego prende en los graneros y techados resinados...; humareda espesa, surcada por cintas y globos de llamas, envuelve la aldea, y en sus entrañas truena la bomba, silban las balas, saltan las piedras, rechinan los cristales, chisporrotean las vigas...

El humo espesa por momentos: humo negro, asfixiante, que acaba por borrar el cuadro.

En la sombra adivinase la petrificación inmensa del silencio; unas serpientes rojizas

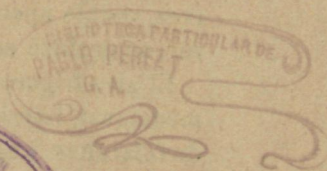
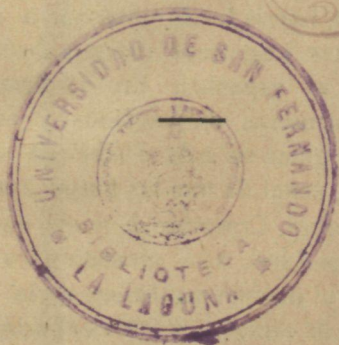
corren por el suelo, en temblequeo incesante...

Se abre lentamente en el horizonte una flor de luz, descolorida; claridad violácea emerge de las tinieblas al mismo tiempo que numerosas tropas van desplegándose en orden de batalla... Las cornetas tocan sin oírse, los caballos corren como fantasmas, las figuras todas se mueven sin turbar la fría serenidad del aire. En la planicie desolada empieza á cortar de improviso la hoz invisible y silente... No se ven enemigos, no se oyen disparos, y sin embargo las filas se aclaran y los cuerpos van cayendo unos tras otros, como heridos por el ángel exterminador de las antiguas edades... Sordamente van destruyendo las armas misteriosas hasta convertir las compañías en ruinas de pavor... Y cuando ha desaparecido el último soldado, se divisa el mar en lontananza; poco á poco se va aproximando en oleaje siempre creciente, de verde sombrío. La invasión aumenta, se agiganta, llega hasta los ojos de Adelfa y asciende verticalmente en follaje verdegueante y trémulo, que sube y sube sin cesar... La ola inmensa retrocede llevándose los cadáveres, como una fiera que huye con su presa.

Una araña negra é informe nada en las aguas; paulatinamente va convirtiéndose en un barco inmenso que ronda la costa. Súbito enciende un rayo que se pasea á su capricho por la llanura, alumbrando la muerte y la

devastación. Adelfa contempla aterrada “aquella pupila siniestra” que oscila en los charcos y escudriña la negrura de las frondas... De pronto, el foco luminoso le da en los ojos y descubre junto á ella el cuerpo ensangrentado de Onésimo. Despierta despavorida y se incorpora, bañada en sudor, en su revuelto lecho...

Un rayo de sol bañaba la estancia y refulgía gozoso en las blancas ánforas de su seno, magnificas en su plenitud.





V

LUCECILLA QUE CORRE DE ORIENTE Á OCCIDENTE

En la línea del horizonte, curva y obscura como el lomo de un animal nocturno, iba clavando poco á poco la Luna creciente su delgada cuchilla. La silueta lejana de las torres, visible apenas merced á un suave claror, se deshizo en la negrura...

El aire frigoroso, aire marzeño de leyenda medioeval, barría las brumas que á manera de telarañas negruzcas corrian deshilachadas por el espacio... En el firmamento brillan los astros diamantinos y azulados; aquél por quien se guía el labriego está ya muy alto, señal de que las horas avanzaban en su carrera. Creeríase de nuevo que las esferas superiores van girando poco á poco mientras el duende rememora en la sombra historias de almenas y torres abaciales...

Allá en lo hondo de la noche se queja una mujer y se agita en espasmos violentos mor-diendo las ropas del lecho...

El espliego oloroso sabuma la estancia...
En la sombra misteriosa pliegan sus alas

azules, en espera del nuevo sér, los genios de la Vida, que triunfa en cálices y ovarios, en nidos y cubiles, estremeciendo la tierra con su eterna risa y haciendo brotar de su seno aromas de fecundación. Salve Vida, eterna Creadora, que vences á la muerte con sus propias armas; fuerza ingente, que corres multiplicada hasta lo infinito en las innumerables mallas de la gasa verdegueante de los prados, y almacenada en leve semilla, te dilatas exuberante formando gigantescos árboles y alientas rumorosa en el bosque, ese templo sombrío en el que profetizan los vientos con vibraciones de psalterio; que vuelas entre ondas de oxígeno en miríadas de aerobios y repartes tu sagrado jugo entre la población incontable de las aguas del Océano, inmensa pila bautismal donde los astros purifican su frente antes de subir á los cielos...

*
* *

La tía medita...

Ausente está quien pudiera evitar la deshonra: falta el editor responsable de la obra. Mas no importa, la resolución está tomada.

La ira, en los momentos de ofuscación, tiene impulsos carnívoros, sanguinarios, en que la voluntad pierde su poder; mas luego

cesan aquéllos y se extiende la serenidad... En las altas horas, en el silencio de las tinieblas exteriores, surge diabólica una llama fría y livida; la maldad reflexiva se desposa con el acto voluntario, y la tia-madrastra, la mia siniestra, atraviesa callada los aposentos de la casa solariega. Bajo sus negros cabellos brilla la claridad acerada de los ojos y sus delgados labios se fruncen descoloridos... Su sombra recorta la palidez nocturna de las paredes, mientras en el desmantelado desván roe cauteloso un ratón en la penumbra del lecho...

.....

El neófito ha roto su celda y se ha lanzado, inerme y desnudo, á la aventura de la vida... Ya deja tras sí un rastro de sangre; la madre, con las entrañas desgarradas, yace desmayada en el lecho, más blanca que las madreselvas que aroman su cabece-
ra.

Enfermizo y débil ha nacido... ¿Qué causa hay para que el nuevo viandante esté próximo á fenecer, emprendido apenas el camino? ¿Quién habrá vivido más, el centenario que tiembla después de larga caminata ó aquella llama que relampaguea un instante en la sombra? Si todo está sometido á "las leyes de bronce de la Naturaleza", ¿por qué otros, exactamente en las mismas condiciones, se internan en el cálido torbellino de la vida en tanto que él agoniza? Y si los

séres traen su misión que cumplir en esta Tierra ¿cuál es la de aquellos órganos que no han de ejercer funciones? Enigma indescifrable. El viajero viene del hondo misterio; pequeño lotófago, no puede darnos razón de esto. Ni los demás tampoco.

El temblor agonizante de aquella luciérnaga excusa los siniestros proyectos de la tía madrastra. No hace falta entenebrecer la conciencia: la naturaleza se encarga de arreglar el asunto.

Y en efecto, horas después, se apaga la luz y el cuerpecillo es enterrado oculta-mente en el campo, al pie de un manzano.





VI

TERREMOTO ESPIRITUAL EN LA SERENIDAD DE LA NOCHE PLATEADA...

Don Felipe y su esposa van de paseo por las calles de la ciudad, haciendo la digestión. Delante de ellos marcha Adelfa entregada á sus pensamientos, sin poder ir dos minutos del brazo de doña Felicia, oyendo las necedades de su tío, solemnes y exasperantes.

El demonio flavo de la melancolia se ha filtrado en su alma; sus miembros languidecen; celajes blancos de vesania parecen rozar de vez en cuando su cerebro...

Noche magnífica.

De los riscos vecinos, al alcance de la mano, se desprende una aura fresca y deliciosa. La Luna, en el cenit, ilumina la población casi desierta; los tejados se recortan con limpidez en el aire diáfano y luciente, sobre un cielo azulino y despejado donde brillan, acá y allá, raras estrellas, grandes y serenas, luceros perdidos en la inmensidad...

La Tierra duerme encantada en oleaje de plata... ¡Cuán grande la soledad de las montañas! ¡Oh, cuán ignorada la vibración de los aires entre las breñas! ¿Adónde irá ese ruido que huye en la madrugada temerosa, oh alma, alma silente en la blancura del misterio?...

Los edificios callan, en hileras de moles calizas, de una parte proyectando una sombra dura que se recorta en el empedrado, iluminados de la otra cual albos lienzos: los aleros forman en la parte superior estrechos festones de sombra. La torre aparece en el resplandor lunar, pardusca y compacta, dormida sobre los cuarteles de tejas húmedas y blanqueantes por el sereno. El duende que vive en sus entrañas midiendo y murmurando, alza el mazo y hiere la campana: si acaso hay algún oído extraviado, estremécelo la evocación del grito de las horas que trémulas navegan con rumores de cristalería a través del Océano de los aires, perdiéndose por las lagunas solitarias entre cuyos juncales, de un verde vaporoso, suena el monótono croar de las ranas... Una claridad soñolienta invade la campiña y allá por las cumbres desiertas y medrosas desciende una cabalgata de blancos fantasmas, nimbados de rocío... Una fuerza telepática parece advertirles la presencia de la noctivaga, y avanzan ligeros por la llanura; pero se hun-

den en la ciénaga y van desapareciendo de la vista...

Son las ilusiones.

Si alguna logra escapar, se agita y se esfuerce de dolor, y descarnados y pálidos y amarillentos, ve agitarse en torno suyo una procesión de recuerdos...

Después de dar dos ó tres vueltas por las calles, se sientan en un banco. Doña Felicia acaricia con mimo á su sobrina, que sonríe con tristeza, en tanto que D. Felipe enciende un cigarro.

—¡Qué noche más bella!—exclama doña Felicia.

—Por lo mismo no debe decirlo, tía.

—Ya empezamos con los embrollos. ¿Por qué no debo decirlo?

—Por eso, porque es bella.

La señora se encoge de hombros.

—Allí tienes á Orión,—indicó D. Felipe señalando una estrella que, á despecho de Febea, rutilaba espléndida en el azul nacarado de los cielos;—para que veas que yo también...

Un estornudo atronador cortó á Don Felipe el hilo de sus manifestaciones astronómicas.

—No se ve toda la constelación—rectificó Adelfa;—lo impide el resplandor de su compañera de cacerías.

—Gran pícaro se conoce que fué ese

Orión cuando se atrevió á poner los ojos en Diana, sin acordarse ya de su propio origen, no muy aromático que digamos...

—El origen es lo de menos, tío; el mérito está en las cualidades de la persona, y Orión fué un gran cazador, valiente y arrojado...

—Como hubiese vivido en esta edad y se hubiera encontrado con alguna Adelfa, en vez de Diana, dudo que fuese puesto en el cielo.

—Pero, tío Felipe, si fué un escorpión que le envió la Tierra, la causa de su muerte...

—¿Y tú lo interpretas de ese modo? ¡Un escorpión! Sí, no está mal escorpión... Lo que hubo de cierto es que quiso propasarse con su bella compañera de cacerías, y ésta que era, á pesar de lo ligero de su traje, algo más recatada que muchas niñas de hoy día...

Otro estornudo cortó de nuevo la palabra á Don Felipe.

—Vámonos,—dijo doña Felicia,—te va á coger un catarro.

—¡Demonio! Si lo tengo ya encima,—repuso el mitólogo de sequero levantándose apresuradamente;—¡Brrum!!

Adelfa los siguió con lentitud, sonriendo ligeramente al considerar que su primo no hubiera tenido condiciones para figurar entre los astros.



De regreso en la casa, doña Felicia y Adelfa tiran escalera arriba, mientras D. Felipe atranca la puerta y da dos vueltas á la llave.

En la antesala espera dormitando una de las criadas: una chicuela de trece años, de ojos negros maliciosos y pequeñas prominencias que las mareas van formando...

Adelfa da las buenas noches á sus tíos y se dirige á su habitación. Al llegar á la puerta es alcanzada por la muchacha.

—Este parte, señorita; llegó á poco de salir ustedes...

La joven le da las gracias y empuja la puerta que cierra de nuevo tras sí. La estancia está en penumbras; la alfombra es punteada de blanco por la luna, que se tamiza á través del transparente; aroma tibio de heliotropo y malva china emana del santuario...

Hecha la luz, se dispone á leer el telegrama:

“Heridas curadas completamente. Próximo mes seré repatriado con otros compañeros. Tuyo, — Onésimo”.

La noticia, aunque esperada, bate rudamente su corazón. Diríase que un martillo enorme ha roto de golpe la maquinaria de su existencia esparciendo las innúmeras piezas y ruedecillas, que se mueven desordenadas en estremecimientos de sobresalto, de te-

mor, de duda... El remordimiento picotea despiadado...

La tempestad, después de haber devastado las regiones del ánimo, empieza á ceder poco á poco; á las riberas corporales van llegando, cual restos de naufragio que el mar arroja á la playa, el temblor de la carne, el abatimiento de los músculos, el frío y las lágrimas en lluvia deshecha...

Antes de la caída, deseaba ardientemente el regreso de Onésimo, única alma capaz de comprender á la suya, aislada en medio de la muchedumbre estulta. Ahora ve con terror acercarse el momento de la entrevista.

El pensamiento que—según la bella expresión de Laugel,—“es á la vez la herida y el remedio de la Humanidad“, no acierta en Adelfa á mitigar su inquietud. El cariñoso aviso le ha desbocado y rápido corre por peñascales y precipicios arrastrando al alma despedazada... Atraviesa los desiertos arenales envueltos en el nocturno misterio y vuela por la soledad de las aguas del mar; frágil hilo de encanto le suspende sobre los sombríos remolinos, donde pone destellos fugaces una luna asustadiza y vacilante... Parece próximo á romperse, parece que se cae en la trémula negrura que guarda en sus profundidades cosas medrosas... ¡Oh! ¿porqué se sobrecoge la espiritual? ¿qué la aterra? En la hondura espantable, en medio

del horror divino de las cavernas atlánticas, siente las pulsaciones de una arteria gigantesca: oleada de pensamientos que envía un mundo á otro mundo; corrientes de amor, de odio, de tristeza... lágrimas y risas en forma de golpetazos metálicos; besos espirituales resueltos en fluido eléctrico que hace palpar las entrañas siniestras del abismo en espasmos de alegría, de dolor, de felicidad delirante, en medio del silencio pavoroso de las aguas...





VII

INCERTIDUMBRE



Ha empezado la siega. El Sol derrama torrentes de lumbre sobre los trigales en cuyas encrespadas ondas se apiñan las espigas, que defienden su tesoro con la rigidez de sus aristas flavas...

Y las hoces, á los rayos del Sol, brillan aceradas cual si cambiasen con él miradas de inteligencia, y siguen cortando implacables... El sudor gotea de los rostros; á trechos muestran las amapolas su llama encarnada...

Adelfa veraneaba en compañía de sus tios.

Todas las mañanas, después de almorzar, paseaba la joven por las alamedas de limoneros, que mostraban entre la fronda oscura su dorado fruto. Luego, á través de los rastros, espantando los cigarrones que revoloteaban en bandadas sobre la seca tierra, iba á sentarse en un terromontero que

dominaba la planicie, á la sombra de unos laureles copudos y añosos. Al pie de aquella loma se abre un barranco donde vierte parte de sus aguas el cercano manantial; en sus márgenes arundinosas crece el poleo de violáceas cabezuelas, gráciles y aromáticas; la manzanilla, de innúmeros botones naranjados; alguna que otra leguminosa desvariada, de papiliones blancos ó carmineos...

A medida que se sube, desaparece el verdor por el alejamiento de la frescura; bajo los laureles algo queda aún: labiadas y campanillas se guarecen á su sombra y hasta algún hongo se atreve á asomar por entre el humus esponjoso. Lo demás está agostado. El montecillo se desenvuelve, campo abajo, en curvas y lomos pajizos, como gibas de dromedarios, y en los que solamente desafían el ardor solar los cardos de rojizas hebras y vilanos volantes—*las brujas* de los chicuelos—y tal cual mata de tomillo requemado, que deslie en el ambiente pesado y caluroso el pálido azul de sus corolas diminutas... Y en la altura y en el llano, en la sequedad pedregosa y en el frescor del cañaveral, zumban las abejas en cálices y corolas policromas, cual si entonaran un psalmo litúrgico durante el bochorno de las vísperas estivales, en un coro gigantesco de abadia campesina, formado por innumerables sillas monacales violadas, rojas y amarillas, en coloración de leyenda...

Y abajo, sirviendo de fondo al cuadro, aparecen las aguas del mar. El monstruo duerme en las cavernas del abismo; su respiración poderosa estremece la inmensa colcha azul de su lecho, esmaltada de vislumbres perlinos, y forma una música sonora que se diluye en el aire cargado de yodo y sal.

Allá muy lejos, detrás del lomo añil sombrío del Océano, viene navegando un barco en demanda de la Patria...

*
* *

Y fué en una mañana cálida y serena. Adelfa está en el sitio de costumbre; en sus manos conserva aún dos ó tres moras de las que cogiera al pasar por los zarzales, á costa de algunos arañazos.

De pronto oye pronunciar su nombre.

—¡Adelfa! —repite la voz.

Ella mira á todas partes. Los contornos están solitarios; lejanos aparecen los segadores encorvados sobre el trugal...

Cree ser juguete de una ilusión...

Una risa simpática, juvenil, resuena fuertemente y de detrás de un grueso castaño sale de improviso un hombre vestido de soldado, pálido y enflaquecido. Se apoya en un bastón nudoso.

— ¡Onésimo!!

Este avanzó radiante. Su brazo ciñó apretadamente el talle de la joven y sus labios la besaron ansiosos.

Ella se desprende con miedoso arranque; sus mejillas están descoloridas; en la sombra obscura de sus ojos se aflige el alma con destellos violáceos...

— ¡Cómo tiembles! — dijo Onésimo cogiéndola nuevamente por los brazos. ¡Qué pálida estás! ¿Qué te pasa?

— Me has asustado...

— ¿No me esperabas, vidita? ¿No has recibido mi telegrama? Oye: ¿porqué no me has escrito en tanto tiempo?

— ¡Ay, Onésimo! He estado enferma...

— ¡Pobrecita! Yo también he pasado unos tres meses en el hospital, casi moribundo, sin esperanzas de vida, creyéndome olvidado... Mira, aquí, sobre el corazón, traigo á las que me salvaron. ¿Ves?... El escapulario del Carmen, que nos dieron antes de embarcar para la guerra, y tu retrato... Estas dos virgenes me han fortalecido el ánimo cuando iba á naufragar en el sufrimiento, y con franqueza te digo, Adelfa mia, que no sé á cuál de las dos debo más consuelos, si á la virgen del escapulario ó á la virgen del retrato...

¡La virgen del retrato!

Los pechos abundosos marcaron sus pezones en la tela ligera de la chambrá, en titilación nerviosa, y en la profundidad de los ardientes *limbos* protestaron los óvulos ante las huellas de un compañero que se hiciera carne y habitara el santuario en tiempo nó muy remoto...

—Poco ha faltado para que se cumpliera lo que me decias en el muelle,—prosiguió Onésimo,—cuando augurabas que no volveríamos á vernos; pero afortunadamente escapé con la piel, bien que rota y desgarrada, y ahora espero que nada se opondrá ya á nuestra felicidad.

Adelfa suspiró.

—¡Esta sí que es buena! En vez de alegrarte, suspiras; cuando quisiera oír tu voz jubilosa musicando con notas argentadas la página negra de mi tragedia, me inquietas con tu silencio... ¿Qué es eso? ¿También lloras?...

—Tu regreso—contesta Adelfa—aumenta mi desgracia y da comienzo á la tuya.

—¿Qué quieres decir? ¿Has dejado acaso de amarme? Contesta por favor...

La boca de la joven enmudeció de nuevo, pero sus ojos hablaron con sobrada elocuencia para disipar las dudas de Onésimo respecto á su amor.

—Déjate de pesimismo—dijo él con ardor,—ya han terminado los peligros; siga-

mos amándonos *como si nada hubiera pasado...* Soñemos, virgencita mía, soñemos...

De nuevo se estremecen las sagradas caderas...

La madre quisiera hablar, pero es madre sin hijo; fáltale aquel pedazo de su sér para infundirle valor al revelar la verdad. *La virgen* quisiera soñar en compañía del amante, pero su alma se resiste al engaño: conoce que tras el sueño puede incendiarlos la llama inmortal de los sexos y piensa que no es posible ya ofrecerle las primicias del rojo cáliz al ofrendar á la Vida.

—Por Dios, Onésimo, dejemos esto; sé que te quiero más aún que antes, si es posible, pero, —añadió con angustia,—no podríamos ser felices... no podría hacerte feliz...

—Pero, habla, mujer; di las razones en que te fundas para creer tal cosa... ¿Sería acaso?

Una sospecha habia rozado su cerebro; sus labios se abrieron convulsos, en interrogante amenazador...

La serenidad de *la virgen*, el amor doliente que brillaba en sus ojos, desvaneciò aquella sospecha. La mente de Onésimo tomó nuevo rumbo, buceando en las conjeturas...

—¡Eh, amigo! ¿Así se mete usted en casa ajena? Aguárdese...

Y don Felipe, que acaba de echar su siesta en una mecedora bajo los limoneros de la

alameda, y que ha visto de lejos al soldado, corre á estrechar la mano de éste y á darle la bienvenida.

Adelfa aprovecha la ocasión para huir...

La inquietud del joven aumenta, y trata de seguirla. Don Felipe le dice:

—Déjala, está chiflada. Ahora se encierra y no hay quien la haga salir...

Adelfa seguía en dirección á la quinta. Al pasar junto á un manzano algo aislado, cuyos frutos empezaban á madurar, se paró y estuvo un rato con la vista fija en su pie. Luego besó una de sus manzanas, de color sonrosado como las mejillas de un niño, y siguió adelante.



VIII

METAMORFOSIS

Los árboles son grandes industriales en la transformación de la materia. Ellos se asimilan substancias inorgánicas y orgánicas en putrefacción, las hacen circular por su organismo en forma de savia, plasmadora de yemas y corolas —lechos de la fecundación,— y luego nos ofrecen los ovarios femeninos, dulces y sabrosos los unos, amargos é insípidos los otros.

Más complicada aún es la industria de los animales: maquinaria delicada é incógnita, productora de misterios. La vida “se agita sordamente en los senos profundos del organismo”, corre y recorre incesante, elaborando y renovando, y estalla en luz cerebral, ideas y centellas... La gota de rocío que admirara la doncella en la copa tembladora de los cedros, tal vez rueda en forma de sangre bajo su piel de seda... ¿Qué habrán sido en remotas edades los negros ojos de la monja, que contemplan en místico embeleso

la blancura eucarística? El vello rizado que bordea claustros virginales, ¿no habrá formado parte de la sal del bautismo? ..

¿No habrá en los átomos misteriosas predisposiciones; misteriosas por lo ignoradas? ¿O serán tan indiferentes para la formación de los seres como las letras de imprenta para componer las palabras? Aquéllas no conservan entre si relación alguna después de las comuniones más extrañas... Innumerables ocasiones la misma *s* de la palabra *Dios* habrá entrado en la palabra *Satanás*, y las mismas letras que han compuesto páginas evangélicas habrán descrito desnudeces femeninas y estremecimientos ardientes de amor genésico...

En los prodigios de cualquiera religión, bajo la forma vaporosa de la leyenda, se descubre siempre una verdad, una ley: apreciación nuestra, pobre y mezquina, de la Única Ley Universal. Cristo ayuna por espacio de cuarenta días en el desierto.... Al cabo de este tiempo, una sombra aparece en las arenas; el demonio le tienta pidiéndole la conversión de las piedras en pan... Símbolo del trabajo. Pero el Cristo de Galilea no estaba por la agricultura y allí quedaron las piedras. Múltiples agentes, sin embargo, han operado en ellas desmoronándolas poco á poco, y hoy día, en virtud de la eterna metamorfosis, serán tal vez pan, carne, polen,

semilla... Lento, pero seguro, el progreso relativo llega para todos los seres. Transformaciones súbitas no son muy frecuentes: no siempre se puede convertir carne de mujer en estatua de sal... Quizás el sacerdote que ha pasado la noche oficiando en el templo del placer, verá en la blanca Hostia una Venus desnuda que le tiende sus mórbidos brazos... pero esto no pasa de ser una ilusión.

Las formas brotan continuamente en este hervor eterno de la Tierra; realidades fantasmales, que se desbacen como sombra en el seno temblador de la materia, anegándose las unidades en el Todo, manifestándose el Todo en unidades...

*
* *

En aquel día supremo, sobre la desolación inmensa de la Tierra, se oirá el són tremendo de la trompeta... El espíritu de Dios agitará en revuelto oleaje aquel mar de cenizas y sombras impalpables bajadas del cielo y brotadas del abismo, vestirán de nuevo sus propios cuerpos... Luego, ante el Juez Divino, que descenderá con gran pompa y majestad, se abrirá el libro de las conciencias... Allí

aparecerán los más recónditos pensamientos; las traiciones fraguadas en la sombra; las calumnias que destruyeron honras y amargaron vidas; las envidias secretas que consumen el alma y el cuerpo; los vicios ocultos que minan la salud; las ambiciones fracasadas, los robos legales, los asesinatos sin sangre y sin violencia... Allí resplandecerá la inocencia ultrajada, la virtud escarnecida, el mérito encubierto... Examen espantoso, vindicación solemne, apoteosis soberana de las almas justas y castigo supremo de la iniquidad... Todo esto escrito está en los libros santos y consignado en multitud de obras piadosas. ¡Lástima que sea una aspiración imposible de realizarse, nacida en la época legendaria!

La misma porción de materia ha formado innumerables cuerpos; si acaso hubiere algunas formas subsistentes, es imposible que revistan *la misma* envoltura corporal que tuvieron en esta Tierra: ni aún el Espíritu Santo con todo su poder es capaz de hacer buena su palabra... Sin embargo, el dogma de la comunión de los santos *como miembros todos de un mismo cuerpo* tiene su realización en la verdad de la metamorfosis.

¿Qué verdad grandiosa es ésa que se vislumbra entre las brumas hacia donde caminamos? Ya están ahí los precursores: transmisión de pensamiento, telepatía, adivina-

ción... Día llegará en que se vean también todas las conciencias...

*
* *

Adelfa se había detenido junto al manzano á cuyo pie fuera enterrado el pequeño cuerpo de su hijo. Muchos días habían pasado después que el árbol simbólico sintiera en sus raíces un beso cadavérico; varias veces la tempestad fugó sobre la sombría fronda sus luces azules... La tierra, esponjada, preparóle alimento de carne, nervios, sesos, que ávido fué absorbiendo en la calma silente de las horas neblinosas... Poco á poco se ha ido verificando el gran misterio, ese misterio que más tarde ha de ofrecerse á los besos del Sol y de Adelfa, en forma de redondos y azucarados frutos...





EUCARISTÍA, DISPENSADORA DE GRACIA

Dos días después de su regreso, pasea Onésimo por la huerta, esperando...

Son las once. El ardor estival es templado por ligera brisa que desparrama sobre los campos la maraña sedosa de sus anillos invisibles...

Se ha detenido casualmente al pie *del manzano*, y siguiendo la costumbre de todos los enamorados, con un cortaplumas empieza á grabar un nombre en su tronco.

La fina hoja va arrancando pedacitos de corteza; principia por una A y termina por otra A: ADELFA se lee en grandes caracteres verdosos... De pronto se presenta la que este nombre lleva, y apoyando su delicada mano en el hombro de Onésimo, le dice:

—Me has hecho venir á la fuerza. Estaba en mi habitación, cuando te he visto cruzar

la huerta en dirección á esta parte. De repente me estremeci, como si clavaran en mi cuerpo una hoja acerada; senti el frio doloroso de una cuchilla que cortaba y volvía á cortar, y ya ves—añadió riendo nerviosa— como no me engañé...

—Gracias, mi vida,—exclamó Onésimo apretando con fuerza el brazo de la joven.— Hoy venía á pedirte una explicación de tus procedimientos; dudaba de tu amor... Mas tus palabras me han devuelto la confianza: es imposible que tu alma haya sentido ese grabado telepático sin que se corresponda intimamente con la mía...

—¿Y cuándo ha dejado de pertenecerte mi alma? ¡Nunca! ¡jamás! Y eso mismo me turba más al considerar...

—¿Volvemos á las andadas? Déjate de tonterías. Seremos felices, muy felices...

Sus labios rozan los cabellos de Adelfa.

—Pero no quiero solamente tu alma—prosigue el joven con vehemencia,—quiero también tu cuerpo, quiero que seas mía por completo, quiero embriagarme con el perfume virginal de tu seno, adorarte como hostia viva de belleza y unirme á ti en comunión de potencias y sentidos...

Adelfa se yergue con hierático ademán; luz de prodigio brilla en sus ojos... Alza su diestra,—pálida mano de vestal,—y desprende del árbol una roja manzana, que le presenta diciendo:

—TOMA Y CÔME: ESTE ES MI CUERPO

Onésimo la mira lleno de sorpresa; ella le ofrece nuevamente *la fruta eucarística...*

—No no quiero simbolos, sino tu cuerpo, tu sangre, tus pechos divinos...

—Esto es realmente mi cuerpo,—afirma ella con energia;—esto es carne de mi carne, sangre de mi sangre...

—¡Cómo! ¿Qué dices? ¿Estás loca?

No bien proferidas por Adelfa las imprudentes palabras, desvanécese el encanto de exaltación...

—¡Perdón!—exclama la virgen madre cayendo de rodillas.

—¡Pides perdón!—gritó Onésimo.—¡Luego eres culpable! ¿De qué?—ruge convulso.

La pecadora hace un esfuerzo. En sus labios se agolpan, indecisas, las palabras. Por fin vence su nativa sinceridad y nobleza; tal vez la idea de rescatar su falta con el martirio... y habla...

Dolorosa es la confesión: quema los labios de la penitente y se va enroscando como una boa constrictora en torno del corazón de Onésimo. Aterrado queda éste ante la revelación; la sorpresa lo ha inmovilizado.; en su alma se ha hecho de noche, noche soporífera en que las palabras que oyera atormentan su cerebro como puntas de cristal...

Largo rato permanece en mudo estupor. De pronto siente unos labios ardientes que se posan en su mano; lágrimas tibias la mojan: el

fuego y el agua demandan gracia... A tiempo vinieron. Onésimo se encontraba en ese estado fisiológico en que desaparece la inteligencia, queda anulada la voluntad y va surgiendo del fondo de las entrañas la fiera humana... Pronto estaba ya á caer sobre Adelfa el brazo vengativo, como una zarpa feroz, sustentadora, por alavismo, de bárbaros derechos, fruto de la herencia de especies infrarracionales... Pero aquella ofrenda femenina desbiza la muralla maléfica que obscureciera la racionalidad, y el pensamiento se desbordó como un torrente contenido por largo tiempo y que rompe su dique: torbellino vertiginoso en que las ideas se atropellan unas á otras y la mente pierde el equilibrio en saltos de locura...

Sin embargo, pronto se sobrepusieron las ideas de justicia. Hombre de elevado criterio, no podía Onésimo avenirse á marchar por el carril de las hipócritas conveniencias sociales. Pareciale muy tonto ese empeño en exigir la integridad corporal sin cuidarse para nada del alma, aunque ésta haya sido traidora una y otra vez. Estrecho juicio de los que no advierten que en muchos casos la mujer, tal vez en el mismo momento de la desfloración, les traiciona espiritualmente, aprovechando las circunstancias...

Y luego ¿porqué exigir aquello de que no se da el ejemplo? Discúlpase hasta el hecho

de que una virgen inocente sea contaminada con incurable enfermedad la misma noche de bodas por su criminal esposo, ¿y no se disculpará la falta de una doncella rodeada de tantos peligros y expuesta á la influencia de agentes que obran de un modo fatal sobre la excitable naturaleza de la mujer? Onésimo pensaba con amargura en el concepto social que se muestra más severo con la maternidad de la soltera que no con la simple falta sin consecuencias ulteriores: criterio ruin y miserable que no reconoce la santidad de la madre y que sólo trata de cubrir las apariencias, aunque bajo el manto del decoro y de la moralidad pública se oculten algunas adúlteras y prostitutas...

Onésimo consideraba que él mismo con su alejamiento en época crítica habia sido causa ocasional de la caída; pero cierto era que el alma de Adelfa permanecia fiel, sujeta á la suya por el lazo irrompible del hilo de oro... Ve á sus pies á la arrepentida y le agradece su sinceridad. Sus ojos la miran fijamente...

--¡Mátame! --dice ella al ver temblar sus manos.

Esta deprecación desvanece el resto de cólera que aun hervía en la parte animal...

--¡Matarte! ¡Nunca, amada mia! ¡Ven á mis brazos, verdad valerosa! Con tu silencio, la traición hubiera envenenado mis entra-

ñas con el conocimiento indeciso y torturador del bien y del mal; esa manzana hubiera sido el fruto maldito, la duda desesperante.. mas tu sincera confesión la ha convertido en fruto del árbol de la Vida. La verdad tiene su premio: demos á nuestras almas la posesión del campo que hace ya tanto tiempo desean, para que se aposente en la forma ese hijo espiritual que procrearon al unirse por primera vez...

La brisa retoza en la planicie templando el ardor estival; allá lejos duermen los montes en azulosa quietud; en la fronda verde oscura de un naranjo vecino preludia un jilguero el aria de sus amores...

Adelfa se siente suspendida sobre el pecho de Onésimo en fuerte abrazo; sus rostros se juntan; un vaporoso pequñuelo, desprendiéndose del follaje, ofrece á sus labios la roja eucaristia de una manzana...

—¡Perdonada!—musita Adelfa.

Y Onésimo probó entonces el fruto verdadero de su cuerpo.

La Laguna, Diciembre de 1909.

